

Juan Pablo Arancibia Carrizo
Claudio Salinas Muñoz
(Eds.)

COMUNICACIÓN POLÍTICA Y DEMOCRACIA EN AMÉRICA LATINA

C O M U N I C A C I Ó N

SERIE COMUNICOLOGÍA LATINA

C O M U N I C A C I Ó N

Por una mirada-mundo
Conversaciones con Michel Sénécal.
Un recorrido por la trayectoria de uno de los
grandes teóricos de la comunicación y la cultura

ARMAND MATTELART

Industria cultural,
información y capitalismo

CÉSAR BOLAÑO

Educación para el mercado
Un análisis crítico de mensajes
audiovisuales destinados a menores y jóvenes

RAMÓN REIG (DIR.)
Y ROSALBA MANCINAS-CHÁVEZ (COORD.)

Historia de la radio
y la televisión en España
Una asignatura pendiente de la democracia

ENRIQUE BUSTAMANTE

Ciudadanía, tecnología y cultura
Nodos conceptuales para pensar
la nueva mediación digital

FRANCISCO SIERRA CABALLERO, (COORD.)

Televisiones autonómicas
Evolución y crisis del modelo
público de proximidad

JUAN CARLOS MIGUEL
Y MIGUEL ÁNGEL CASADO

Comunicación y desarrollo
Prácticas creativas y empoderamiento local

FRANCISCO SIERRA CABALLERO Y
MARCELO A. MARTÍNEZ HERMIDA (COORDS.)

Estrategias de comunicación
en redes sociales
Usuarios, aplicaciones y contenidos

MIGUEL ÁNGEL NICOLÁS OJEDA Y MARÍA DEL
MAR GRANDÍO PÉREZ (COORDS.)

Laberintos narrativos
Estudio sobre el espacio cinematográfico

M^a ÁNGELES MARTÍNEZ GARCÍA

Adolescencia entre pantallas
Identidades juveniles
en el sistema de comunicación

JAVIER CALLEJO GALLEGO
Y JESÚS GUTIÉRREZ BRITO (COORDS.)

Estructuras de la comunicación
y de la cultura
Políticas para la era digital

RAMÓN ZALLO

La ficción audiovisual en España
Relatos, tendencias y sinergias productivas

MIQUEL FRANCÉS I DOMÈNEC Y
GERMÁN LLORCA ABAD (COORDS.)

Políticas de comunicación y
ciudadanía cultural iberoamericana

CARLOS DEL VALLE, FRANCISCO JAVIER
MORENO Y FRANCISCO SIERRA (COORDS.)

Interpretar la comunicación
Estudios sobre medios en América y España

MIQUEL DE MORAGAS SPÀ

Los dueños del periodismo
Claves de la estructura mediática
mundial y de España

RAMÓN REIG

COMUNICACIÓN POLÍTICA Y DEMOCRACIA EN AMÉRICA LATINA

Juan Pablo Arancibia Carrizo
Claudio Salinas Muñoz
(*Eds.*)

gedisa
editorial

EDICIONES
CIESPAL

2016

© Juan Pablo Arancibia Carrizo y Claudio Salinas Muñoz (Eds.)
© Erick Torrico Villanueva, Carlos Ossandón B., Hans Stange M., Graciela Carrazco
López, Raúl fuentes Navarro, Juan José Trillos P., Omar Rincón, Lorena Antezana
Barrios, Eduardo Santa Cruz Achurra, Roberto Esposito, Antoine Faure, Carlos Ossa
S., Álvaro Cuadra.

Diseño de cubierta: CIESPAL

Primera edición: abril de 2016, Barcelona

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Editorial Gedisa, S.A.
Avenida del Tibidabo, 12 (3º)
08022 Barcelona, España
Tel. (+34) 93 253 09 04
gedisa@gedisa.com
<http://www.gedisa.com>

Con la colaboración de:

CIESPAL

Centro Internacional de Estudios Superiores
de Comunicación para América Latina

Av. Diego de Almagro N32-133 y Andrade Marín • Quito, Ecuador

Teléfonos: (593 2) 254 8011

www.ciespal.org

<http://ediciones.ciespal.org>

IBIC: GTC

eISBN: 978-84-9784-997-5

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma.

Índice

Prólogo	9
---------------	---

Sección primera **Los nuevos derroteros de los estudios críticos** **de comunicación en América Latina**

Más allá del pensamiento comunicacional	
<i>Erick Torrico Villanueva</i>	17

Sin armas para la crítica. El estancamiento de los estudios críticos en comunicación y los viejos debates teórico-políticos	
<i>Carlos Ossandón B., Claudio Salinas M. y Hans Stange M.</i>	37

Estudios en comunicación en Iberoamérica. La investigación en el siglo xx y las condiciones de producción académica del siglo xxi	
<i>Graciela Carrazco López</i>	59

Políticas científicas e investigación de la comunicación: desfases, tensiones y contradicciones	
<i>Raúl Fuentes Navarro</i>	66

Sección segunda **Comunicación política y TIC**

La red: escenario para la fragmentación del poder y la política en América Latina	
<i>Juan José Trillos P.</i>	85

Ciberpolítica.com. Emoción digital, conexión popular y viejas instituciones <i>Omar Rincón</i>	103
Tecnología y poder: simulacros de participación política <i>Lorena Antezana Barrios y Eduardo Santa Cruz Achurra</i>	123

Sección tercera

Comunicación política, gubernamentalidad y democracia

Democracia y biopolítica <i>Roberto Esposito</i>	141
Deuda, seguridad y presentismo. La actualización periodística del tiempo cotidiano en Chile (1970-2013) <i>Antoine Faure</i>	148
Multitudes iconoclastas. Políticas visuales y poéticas nacionalistas <i>Carlos Ossa S.</i>	180
Signo: forma y <i>tekhné</i> <i>Álvaro Cuadra</i>	193
La obliteración de la política: democracia y racionalidad de la excepción <i>Juan Pablo Arancibia Carrizo</i>	201
Acerca de los autores	215

Prólogo

Los rasgos principales que cualifican nuestro presente conciernen a la transfiguración histórica en el modo en que se produce, organiza y comprende la mundanidad como experiencia universal inmediata. Así, la sociedad contemporánea está cruzada por un conjunto de fenómenos que comportan el desarrollo actual de la acumulación originaria del capitalismo: la revolución tecnológica e informática, el desarrollo de una economía mundial que trasciende la fase imperialista, la constitución de mercados de alcance planetario —especialmente en el campo de lo simbólico, de la comunicación y la cultura—, el debilitamiento o transformación profunda del carácter del Estado-nación, la subsunción general y capilar de la vida como entidad biopolítica energético-libidinal de producción y consumo, el descentramiento y desterritorialización del poder a nivel mundial y, a la vez, su intensificación y concentración a escalas antes no conocidas, etc., vendrían a configurar el marco global en que ha devenido la sociedad tecnocapitalista moderna.

En el orden actual se manifiestan y desarrollan tendencias universales de la modernidad en su fase de globalización que transforman cualitativamente diversos ámbitos, con diferentes ritmos e intensidades. Significativo es que en esta época ya no existen espacios geográficos, culturales o sociales que permanecen al margen de estas tendencias, tales como el modelo y tipo de sociedad que se construye; la relación de inversión entre lo público y lo privado; la llamada «crisis de la política representativa y el sistema de partidos»; el tipo de cultura cotidiana predominante y, en su interior, el carácter que asume lo local, a partir de la lógica de la segmentación y la heterogeneización social y cultural.

El presente libro arranca desde la inquietud y vocación de examinar —en el contexto iberoamericano— un conjunto de motivos y tensiones que constituyen el campo de la comunicación política en el marco histórico

antes señalado. Los textos aquí reunidos aspiran a articularse desde la interrogación crítica de los ejes problemáticos de cada sección, haciendo inflexión en cinco dimensiones interna y estrechamente imbricadas.

Primero, la pregunta por el orden. Se trata de interrogar por aquel conjunto de condiciones, relaciones, agentes, dispositivos y operaciones que participan en la configuración del orden material y simbólico actual. Segundo, realizar una interpelación crítica a los modos que asume el campo de la comunicación, desde una perspectiva contextual e histórica. Se trata de someter a tensión un conjunto de matrices, tradiciones, formatos y corrientes de pensamiento que han asentado la relación de correspondencia entre la comunicación y la configuración simbólica del presente. Interrogar sus matrices categoriales, sus epistemes y presupuestos y, sobre todo, el carácter funcional administrativo de su ejercicio. Se trata de someter a crítica e instalar, al menos, una sospecha sobre la propia *crítica* que aparece institucionalizada y legitimada en los campos políticos, culturales, académicos, sobre la analítica comunicacional.

Tercero, examinar el papel y función del campo de la comunicación en el orden hegemónico demoliberal. Se trata de cuestionar el carácter normalizador e integrador de la comunicación. Aquello se deja observar, por ejemplo, en la relación entre nuevas prácticas políticas en el contexto de las tecnologías digitales (las mal llamadas ‘nuevas tecnologías’ o TIC); en la relación entre medios y democracia, en especial referencia a la percepción asumida un tanto acríticamente sobre el rol facilitador de la rearticulación democrática *per se* del rol social que jugarían las nuevas tecnologías. Cuarto, se trata entonces de un libro de comunicación política que busca replantear aquellas relaciones, repensar sus articulaciones e implicancias. Si se quiere, revisar la constitución misma del campo y su carácter. Se pretende intervenir y objetar críticamente el supuesto —ya instalado masivamente— de que lo político en la comunicación ocurre como contenido, formato o referencia, y no consigue pensarlo en sí mismo como un régimen de politicidad.

De esta manera, se articularía aquí un conjunto de relaciones temático-problemáticas que están destinadas a trabajar grietas o tensiones estructurales del campo de la comunicación en su textura y densidad política —saber-poder; democracia-tecnología; medios-disciplinamiento; espacio público y mediatización, etc.—, al tiempo que se intenta analizar un cierto agotamiento o fatiga categorial que culmina en el asentamiento de un campo aproblemático, funcional y aparentemente estabilizado. En torno a las condiciones de producción, políticas y epistemes de investigación, se puede apreciar que la política ‘científica’ se ha orientado a una formalización de un conjunto de valores como la burocratización de la práctica investigativa, la naturalización de los criterios y conceptos de

estudio y a la formación de un circuito cerrado que no está ya solo desconectado de una realidad social, sino incapacitado para comprenderla teóricamente y, con ello, pareciera que preexistiera a los sujetos investigadores. Es por esto que, principalmente, se observarían investigaciones con alta vocación de *medir* la realidad, de establecer sus tendencias, cuantificar sus procesos y describir lo que se considera como la naturalidad social de sus fenómenos expresados, por lo general, en las construcciones que hacen los medios de comunicación de la sociedad, de lo político y la política. En suma, el libro pretende discutir y tensionar estas modalidades paradigmáticas de conocer y aprehender el campo de estudios de la comunicación política, de sus condiciones de producción y, por tanto, de posibilidad. Se trata de auscultar algunos modos y artes de hacer de un tipo de investigación que se observa hoy como predominante.

Los marcos institucionales, las normativas y los requerimientos de productividad que se aplican sobre la investigación, transforman la producción de conocimiento en una actividad burocrática. Con los nombres de *campo*, *contorno disciplinario*, *comunidad* y *ciencia*, se levanta un imaginario que justifica la formalización de una actividad, la administración de unos prestigios y, por supuesto, la repartición de unos recursos y unos pasaportes de admisibilidad. Estas operaciones encubren la situación actual del proceso de investigación: sus propósitos están instrumentalizados, su realización está desconectada del resto de la realidad social, sus lógicas, procedimientos y valores están subordinados a mecanismos y dispositivos exteriores al aparato académico que lo someten en su totalidad y, en un número relevante de casos, con la anuencia de sus agentes, aunque se piense o se declare lo contrario.

Por tanto, se refiere a trabajos que intentan problematizar las estructuras de tensión que articulan estos dispositivos de investigación. Sin embargo, no solo se trata de diagnosticar unas condiciones de investigación, sino de proponer y hacer visibles sus consecuencias tanto para la propia investigación en comunicación política, como también para el tipo de investigación que sacraliza sus aparentes virtudes pensando que los tiempos de la burocracia —estatal y privada— serían equivalentes e idénticos para el hacer académico. Con arreglo a lo anterior, el presente libro ensaya un conjunto de enunciados, fundamentalmente en tono de interrogantes orientadas a plantear problemas y abrir discusiones, sugerir otras preguntas y nuevas sospechas. Por ello, también se hace sensible a los distintos niveles o napas problemáticas, pudiendo ingresar con distintos registros y estrategias teóricas y metodológicas: discusión bibliográfica o conceptual, estado de la cuestión, análisis de objetos específicos, entre otros.

De este modo, el libro se organiza en tres tiempos temáticos y analíticos internamente coligados que conforman secciones tanto temáticas como problemáticas. En la primera: «Los nuevos derroteros de los estudios críticos de comunicación en América Latina», se atiende genéricamente a que la actividad de investigación ha dejado de ser una actividad reflexiva, una tarea *autoconsciente*. La metodología ya no porta estatuto epistemológico, sino que es reducida a mero procedimiento. La concepción es formularia, la experimentación y el ensayo son, así, implementaciones. A la burocratización de la práctica investigativa, corresponde una naturalización de los criterios y conceptos de estudio. Valores y juicios sobre lo válido, lo legítimo, lo útil, etc., no solo son compartidos, sino que están internalizados, con lo cual, ya no necesitan justificarse y, en algunos casos, ni declararse. A la correspondencia entre los términos de burocratización de las prácticas-naturalización de las políticas, le sigue una pregunta por la capacidad crítica de pensar sobre esta condición. Una investigación conducida institucionalmente bajo parámetros políticos neoliberales se somete al régimen institucional y obstruye la discusión epistemológica a favor de unos buenos resultados en los diferentes índices de productividad. Por otra parte, una investigación conducida críticamente, conciente de sus supuestos y perspectivas, se resta de una problematización sobre las condiciones de producción de la investigación y, por tanto, naturaliza también estas condiciones de producción.

A partir de una revisión de los distintos perfiles que han tomado los estudios críticos en comunicación en América Latina, cabe preguntar si ellos están mostrando en la actualidad, sin negar sus indudables aperturas (particularmente evidentes en el ámbito de los *Estudios Culturales*, por ejemplo), importantes síntomas de agotamiento. De cara a la radicalización del fenómeno de la globalización, del neoliberalismo y de las arrasadoras máquinas comunicacionales, pudieran no ser menores las nuevas exigencias epistemológicas o de reconceptualización que al parecer tendrán que enfrentar hoy los estudios críticos en comunicación en distintas y nuevas áreas.

En la sección segunda: «Comunicación política y TIC», se observa como problema que en los contextos políticos actuales, los medios de comunicación están relacionados de diversas maneras con las formas de hacer, difundir y vivir cotidianamente la política. En ese marco, el acceso a las Tecnologías de Información y Comunicación (TIC), especialmente a través de internet y los dispositivos móviles, están siendo usados como un ciberespacio político, en el que intervienen cada vez más personas. Allí cabría problematizar la idea de que el solo uso de la tecnología generaría la llamada *democracia participativa*, que vendría a superar la

crisis de la *democracia representativa*. Tal problematización supone comenzar por el principio, por interrogarse en qué sentidos las tecnologías pueden transformar la democracia; implica también, auscultar los contextos sociopolíticos y culturales en los que las tecnologías tienen lugar en Iberoamérica. Lo que se persigue es desestabilizar, en algún grado, ciertos sentidos comunes que le asignan a las tecnologías digitales *per se* unos impactos inusitados.

De igual forma, es necesario indagar acerca de las características que asume el poder en ese contexto y de la posibilidad de la hegemonía, ¿se diluyen en una suerte de igualitarismo tecnológico y comunicacional? ¿La única condición para la realización de la democracia sería el acceso a esas tecnologías? ¿Cuál es la relación entre esos dispositivos y el poder político, económico, cultural, militar, etc.? ¿O son solo instrumentos que ‘bien usados y en buenas manos’ garantizan de suyo la posibilidad de la democracia?

En la sección tercera: «Comunicación política, gubernamentalidad y democracia», se observa que en los escenarios actuales de la democracia contemporánea se configuran un conjunto de nuevas tensiones y problemas para la comunicación política. La eventual participación de la ciudadanía en las redes sociales y mediáticas; la conformación de un imaginario de bienestar civilizatorio expansivo del derecho y las libertades; la emergencia de nuevos lenguajes y subjetivaciones políticas diferenciales y agonísticas, así como la declamación de un horizonte de sentido emancipatorio —en convivencia con un paradigma democrático inmunitario— trazan algunas de las líneas problemáticas y analíticas aquí examinadas.

El marco general de estas y otras preguntas contenidas y desplegadas en la presente publicación es el resultado mínimo y parcial de un proceso de estudio e investigación sistemático y prolongado de los académicos aquí conminados. Particularmente significativo en ello ha sido el programa de investigación sobre «Comunicación y poder», así como el flujo y diálogo constante con el cuerpo académico del Magíster en Comunicación Política del Instituto de la Comunicación e Imagen de la Universidad de Chile.

Juan Pablo Arancibia Carrizo
Claudio Salinas Muñoz
Editores

Sección primera

**LOS NUEVOS DERROTEROS
DE LOS ESTUDIOS CRÍTICOS DE
COMUNICACIÓN EN AMÉRICA LATINA**

Más allá del pensamiento comunicacional

Erick Torrico Villanueva

El pensamiento comunicacional, a poco más de ocho décadas del inicio de su constitución, se encuentra en un punto límite al que sin duda es necesario remontarse. Aunque es dable hallar antecedentes algo más remotos —cuando menos desde el siglo XIX— de la preocupación de diferentes autores respecto a asuntos que actualmente son considerados propios de los estudios comunicacionales, lo concreto es que fue Harold Lasswell, quien en 1926 instaló de modo formal este interés especializado dentro del mundo académico contemporáneo.¹ Pero no solo ello, sino que además fue él quien con su propuesta orientada al examen de los efectos (Berelson y Janowitz, 1967, p: 178 y sigs.) echó gran parte de las bases epistemológicas, teóricas y metodológicas de aquel que todavía es calificado como el *paradigma dominante* en este ámbito: *Mass Communication Research*.

Se puede decir, por tanto, que el territorio de las ciencias sociales —no sin reticencias que aún persisten— se abrió desde ese momento a la comunicación como una nueva rama del conocimiento, pero con aquel temprano sesgo ya señalado que privilegió el interés por la denominada *comunicación de masas* y enfatizó su capacidad de influencia, sobredimensionada o limitada.

-
1. Fue entonces que este autor presentó su tesis doctoral en la Universidad de Chicago, la cual fue la base para que un año después publicara su libro *Propaganda Technique in the World War* (Otero, 1998, p: 27 y sigs.). Y en 1948 planteó su clásico modelo de análisis que desemboca en la cuestión de los efectos (Berelson y Janowitz, 1967).

El modelo lasswelliano (*Who-Says What-In Which Channel-To Whom-With What Effect?*, en su versión inglesa original de 1948) ayudó, así, a establecer una concepción unilateral del proceso comunicacional con clara potencialidad de la preeminencia del *emisor* y sus intenciones sobre la voluntad del *receptor* e igualmente promovió que se atribuyera una posición y un papel ventajosos tanto al *medio* como a su conjetural poder.

Entre las contribuciones posteriores que recibió ese entendimiento de la comunicación cabe destacar las que, por ejemplo, entre las décadas de 1940 y 1960, llegaron de las manos de Bernard Berelson, Charles Wright (1978), Everett Rogers y David Berlo (1983) (Blake y Haroldsen, 1989), Wright ha sido quien aportó el planteamiento más sistemático para abordar las ‘consecuencias sociales’ de la *comunicación de masas* desde la óptica del análisis funcional inspirado en la sociología de Robert K. Merton (Wright, 1978; De Moragas, 1982, p: 207-223).

Relativamente pronto esa visión de la comunicación, sin haber sido objeto de una mayor profundización teórica (Otero, 1994), se convirtió en referente generalizado, pues hasta aquellas otras que se perfilaron como alternativas —como la *teoría crítica* europea o la ‘corriente crítico-utópica’ latinoamericana— privilegiaron a su turno la cuestión ‘massmediática’ del mismo modo que la referida a las consecuencias del accionar de los medios en las percepciones, las conciencias y las conductas de los públicos (la ‘masa’).

De esa manera, la comprensión intelectual de la propaganda, el periodismo, la publicidad o la llamada *comunicación para el desarrollo*,² para citar casos emblemáticos entre las áreas comunicacionales ya tradicionales, resultó tributaria del ‘paradigma’ señalado, al igual que la más reciente vertiente del presunto efecto democratizador de las tecnologías de la información y la comunicación encarnada, por ejemplo, en las ideas de Marshall McLuhan, Alvin Toffler, Francis Fukuyama o Manuel Castells (Torrico, 2003, p: 23 y sigs.).

En tal sentido, la mayor parte de las diversas teorizaciones elaboradas en torno al fenómeno de la comunicación reprodujeron, asumiéndola, matizándola o aun cuestionándola, la concepción instaurada por Lasswell, sus contemporáneos y seguidores.

En su propuesta de reconstrucción racional de la historia del crecimiento del conocimiento científico en el campo comunicacional, Abraham Nosnik (1991), basado en la metodología de los ‘programas científicos de investigación’ de Imre Lakatos, encontró en esa trayectoria cinco grandes programas de investigación en competencia, todos vinculados a

2. En este último caso, la supremacía de esa concepción estuvo directamente ligada a la de la teoría de la difusión de innovaciones (Arroyave, 2007).

la cuestión central de los efectos de los medios masivos, hecho que ratifica a su modo la preponderancia señalada. La relativización del inaugural convencimiento de los teóricos de los efectos acerca de los *medios todopoderosos*, que se dio mediante los hallazgos de Joseph T. Klapper, Elihu Katz, Ithiel de Sola Pool, Paul Lazarsfeld, Bernard Berelson y Gaudet Hazel sobre la necesidad previa de que existan predisposiciones al cambio en los perceptores de la *comunicación colectiva* o en relación al papel de interpretación intermediaria de los mensajes de los medios de información y de la consiguiente influencia personal desempeñada por los líderes de opinión (Schramm, 1965), tampoco desestima su centralidad en la teoría. E inclusive, los estudios respecto de la recepción, focalizados en las posibilidades y capacidades de resignificación de las audiencias mediáticas, emergieron en los años ochenta del siglo xx como una suerte de *contrateoría* frente a la de los efectos (Escoteguy y Jacks, 2005).

En ese cuadro, salvo verdaderas excepciones, la comunicación en tanto proceso humano y social básico, constitutivo de la propia particularidad humana y de su socialidad, fue prácticamente invisibilizada en la teoría y casi acabó suplantada por aquella que para realizarse no solo acude de forma indefectible a la utilización de algún recurso tecnológico, sino que, además, se destina de preferencia a la difusión.

Así, como en su momento explicó Antonio Pasquali (1985, p: 10), los teóricos de los *mass-media* pusieron la carreta por delante de los bueyes al privilegiar la razón tecnológica gracias a la que confundieron la ‘función’ (la comunicación) con el *órgano accesorio* (sus medios).

El pensamiento comunicacional

La forma en que la comunicación fue concebida académicamente en sus orígenes tuvo, pues, la impronta de esa mirada que priorizó la comunicación masiva y sus efectos, producto lógico del contexto en que ocurrió su surgimiento: la sociedad estadounidense de entreguerras ocupada en buscar y aprovechar la eficacia comunicacional para la política (interna e internacional) y para los negocios. Luis Ramiro Beltrán explica a este respecto que:

Comprensible y legítimamente, Estados Unidos diseñó y construyó, en filosofía, objeto y método, el tipo de ciencias sociales que corresponden a sus particulares circunstancias estructurales (culturales, económicas y políticas). Ellas eran, eminentemente, ciencias para el ajuste orientadas fundamentalmente a estudiar la conformidad con las necesidades, metas, valores y normas prevalentes del orden social establecido, de tal manera que ayudaran

al sistema dirigente a lograr “normalidad” y evitar los comportamientos “desviados” (De Moragas, 1982, p: 103).

Por ello, añade inmediatamente:

La comunicología, hija de la psicología y la sociología, no podía ciertamente constituir una excepción a este esquema general. Si los individuos iban a ajustarse bien a las prescripciones sociales, los expertos en comunicación tenían que hallar aquellos rasgos de personalidad que los volvieran propensos a la persuasión. Por tanto, tuvieron que inventar estrategias de medios y mensajes capaces de producir en los individuos los comportamientos deseados (De Moragas, 1982, p: 104).

La comunicación considerada de esa manera adoptó un predominante cariz instrumental en las variadas teorizaciones que la tomaron como su objeto de referencia directo o no, elaboraciones que pese a su multiplicidad, dispersión y hasta a contraposiciones epistemológico-políticas que llegan a presentar³ forman en los hechos una totalidad cuyo eje estructurante es hallable en la mediatización, vista como un factor acelerador de la concreción del proyecto civilizatorio modernizador asentado en la urbanización, la industrialización y la democracia liberal.

De esa forma, las conceptualizaciones más difundidas sobre el hecho comunicacional junto a sus correspondientes representaciones modélicas dieron lugar a la que en una doble acepción puede ser descrita como una *visión medio-lógica*: por una parte, por estar focalizada en la lógica de los *media* y, por otra, por no ser capaz de dar cuenta a cabalidad de la comunicación en sí, es decir por tener una lógica comprensivo-explicativa incompleta, una lógica a medias, ya que deja en las sombras aquello que no es *mediado*.

Los autores y los libros que hasta ahora fungen como fuentes teóricas canónicas del campo comunicacional —de origen predominantemente estadounidense, alemán, francés o británico⁴ y pertenecientes a varias disciplinas sociales— comparten mayoritariamente como supuesto que no se somete a discusión esa idea maquinizada y parcial de la comunicación que subsume lo humano en lo mediático, desconoce la bidireccionalidad intrínseca de toda interrelación significativa y no se compadece de

3. Por ejemplo, las existentes entre las que favorecen el *establishment* capitalista y aquellas otras que postulan la necesidad de su superación revolucionaria o que más contemporáneamente lo declaran una etapa ya superada.

4. Esa preponderancia euro-estadounidense es puesta en evidencia en la revisión de Galindo *et al.* (2005), en el levantamiento efectuado por Martino (2007) y en los registros preparados por Fuentes (2008).

la historicidad de los procesos comunicacionales reales a menos que sea en beneficio de su instrumentalización económica o política.

Sin duda, a ello se refería Pasquali cuando hablaba de la «“aberrante reducción del fenómeno “comunicación humana” al fenómeno “medios de comunicación”» (Pasquali, 1985, p: 11), lo que le llevaba a plantear que ahora, “el pensamiento crítico y terapéutico debe dirigir la mirada al “en-sí” de la relación comunicante. Más que los medios, el pensamiento debe comprender ahora la comunicación (Pasquali, 1985, p: 14-15).

Es así constatable que a lo largo de su desarrollo de ya casi noventa años el *pensamiento comunicacional* —esto es, ese polimorfo acumulado de análisis, conceptos y modelos que desde un espacio-tiempo dado fijó una manera de concebir y llevar a cabo la comunicación, pero ante todo la de carácter masivo— se ha nutrido primordialmente de ese tipo de entendimiento que no solo hizo que el objeto de estudio de la comunicación se mantuviera en estado de indefinición resultara confundido en la mayoría de las ocasiones con aspectos del artefacto mediático sino que, además, impidió la construcción de una teoría posible para el campo.

Conformado principalmente a partir de extrapolaciones fragmentarias y no siempre autorizadas ni plausibles de teorías provenientes de distintas concepciones de la sociología, política, antropología, psicología, tecnología o economía, ese pensamiento fue sedimentando un verdadero espectro de enfoques sobre diferentes manifestaciones del proceso de comunicación (periodísticas, televisivas, publicitarias, organizacionales, comunitarias, etc.) o de parcelas del mismo (control de los medios, tipos de contenido, influencia de los mensajes, características de la recepción, etc.). Pero tal multidisciplinariedad congénita, su pluritemática y los intereses segmentados de las aproximaciones teóricas resultantes se yerguen como un duro obstáculo para el reconocimiento de una posible unidad polémica formada por todas ellas. Sin embargo, es innegable que ese heterogéneo conjunto representa el patrimonio actual del campo (Martino, 2007, p: 11) y, en último término, constituye su base pensada, es decir, lo que se puede convenir en llamar el *pensamiento comunicacional*. Este, por tanto, está compuesto por un conglomerado de abordajes teóricos (pragmático, sociotécnico, crítico y político-cultural) cuya inteligibilidad es doble a partir de su articulación⁵ en torno, por ejemplo, a un fundamento matricial compartido: el de las teorías sociales generales (Torrico, 2004, p: 77-83, 121-128).

5. Con Stuart Hall se entiende aquí la articulación como «[...] la forma de conexión que puede crear una unidad de dos elementos diferentes, bajo determinadas condiciones. Es un enlace que no necesariamente es determinado, absoluto y esencial por todo el tiempo» (Restrepo, Walsh y Vich, 2010, p: 85).

Pero quizás como producto de la resistencia académica a admitir que toda esa diversidad hace, finalmente, una totalidad compleja, así como del rechazo posmoderno a cualquier eventual *disciplinarización* unificante, solo dos autores en todo este tiempo de *préstamo* y construcción de teorías utilizaron de modo explícito la expresión *pensamiento comunicacional* para referirse genéricamente a ese agregado: Bernard Miège y José Marques de Melo. El primero, a mediados de la década de 1990, empleó esa idea para mencionar la serie de temas (*elementos*) presentes en las diferentes teorizaciones euro-estadounidenses desarrolladas entre los años cuarenta y noventa del pasado siglo, por lo que nombró como *corrientes fundadoras, expansión de problemáticas e interrogantes actuales* (1996, p: 9 y sigs.); el segundo, a finales de ese decenio creó en São Paulo la revista digital *Pensamento Comunicacional Latinoamericano* insistiendo en poner el foco en los aportes propios de América Latina y utilizó en buena medida la noción señalada para suplir otra conceptualmente menos afortunada que él mismo había planteado con anterioridad: la de «Escola Latino-Americana de Comunicação».⁶

Aunque ni Miège ni Marques de Melo ofrecieron una definición concreta del pensamiento comunicacional, sí apuntaron dos criterios muy importantes al respecto: aquel lo caracterizó como «pensamiento de la modernidad y requisito para facilitar la modernización de las estructuras sociales» (1996, p: 10) y este llamó la atención en torno a su legitimación como *pensamiento único* y a la consiguiente conversión del campo comunicacional en un *espacio anglófono* por la «inercia de los países pertenecientes a otros agrupamientos geoculturales, que asimilan y reproducen las matrices del pensamiento hegemónico» (Kunsch y Marques de Melo, 2012, p: 10). De todos modos, antes de retomar estos argumentos —pertinentes para los cuestionamientos que se esbozan en este capítulo—, conviene pasar revista panorámica a tres de las líneas relevantes de la crítica que motivó este pensamiento: la frankfurtiana, la utópica latinoamericana y la de los *cultural studies*.

Las fronteras de la crítica

Así como ocurrió y sucede en los ámbitos filosófico, económico, histórico, político, sociológico y antropológico, el pensamiento comunicacional fue y es escenario de divergencias teóricas que en unos casos solo implican variaciones de matiz en las percepciones prevalecientes⁷ y en

6. Ver <<http://www.metodista.br/unesco/PCLA/htm>>.

7. Como las críticas a la “sociedad y la cultura de masas” (Dwight MacDonald), a la “demagogia” (Abraham Moles) o a las “disfunciones” de los medios (Paul Lazarsfeld) (Bell *et al.*, 1985; Costa, 1990).

otros presuponen más bien antagonismos filosófico-epistemológicos reales como, en lo práctico, lecturas contradictorias de la dinámica societal y proyectos políticos opuestos. Aquí, como ya se indicó, interesa resaltar las del segundo tipo.

En tal sentido, frente al *paradigma dominante* y sus variantes se alzó primero la crítica de la Escuela de Frankfurt, cuyo propósito general se vinculaba con una búsqueda de renovación y complementación del materialismo histórico que superara dualismos interpretativos negadores de la dialéctica atribuidos a este, hasta ese momento, como los de estructura-superestructura e individuo-masa; a la vez que permitiera abrir horizontes comprensivos alternativos al de la linealidad secuencial de los modos de producción asumida como inevitable por los militantes marxistas.

De las muchas reflexiones frankfurtianas fue aplicada al campo comunicacional la relativa a la *industria cultural*, la cual puso en tela de juicio el efecto desnaturalizado de la cultura por acción del capital que —de acuerdo especialmente con Theodor Adorno y Max Horkheimer— era producido por la fabricación masiva de bienes culturales estandarizados y enajenantes dirigidos a un creciente mercado de consumidores guiados por un ánimo hedonista y cada vez más apartados de estándares estéticos.⁸ A partir de ello se desprendieron múltiples enfoques críticos de la sujeción de los *mass-media* (sus propietarios, operadores y contenidos) a los fines de la reproducción y la dominación capitalistas.⁹

En América Latina el espíritu crítico en el campo social en general adquirió una elevada carga política desde mediados del siglo xx, rasgo inescindible de la tensa relación mantenida por los países del área con los cercanos Estados Unidos de Norteamérica que emergieron como potencia hegemónica mundial tras su victoria sobre el nazifascismo en 1945. Las teorías de la *modernización* y el *desarrollo* irradiadas desde los centros académicos y políticos estadounidenses como fórmulas civilizatorias apropiadas para la región fueron pronto resistidas por los pensadores latinoamericanos, sobre todo al calor del triunfo revolucionario cubano de 1959¹⁰ y de la propagación de los movimientos guerrilleros de izquierda en buena parte del subcontinente (Zanatta, 2012), proceso que

8. «La industria cultural. El iluminismo como mistificación de las masas» de Horkheimer y Adorno (Bell *et al.*, 1985, p: 177-259), ensayo publicado originalmente en 1947.

9. Uno de ellos, la teoría del imperialismo cultural, encabezada por Herbert Schiller (1976), provocó un remezón en las tranquilas aguas de la investigación administrativa estadounidense.

10. Nacionalista y antioligárquica al inicio, esta revolución se convirtió en socialista a consecuencia de las presiones estadounidenses que pretendían restaurar el antiguo orden en Cuba.

culminó con la llegada al poder del Frente Sandinista de Liberación Nacional en Nicaragua, en 1979, y con su posterior absorción democrático-formal y neoliberal (Pérez-Baltodano, 2003, p: 577-648).

En todo caso, entre los años sesenta y ochenta de la pasada centuria, Latinoamérica se distinguió por sus fuertes cuestionamientos intelectuales a la dominación interna, las desigualdades, la situación de pobreza y subdesarrollo y a la dependencia (Valença de Azevedo, 2011; Zanatta, 2012) hecho que por supuesto involucró también al ámbito comunicacional. Como ejemplo de las problematizaciones desatadas en el campo, Pasquali (1977, 1985) discutió el concepto mismo de comunicación y su suplantación por los medios; Luis Ramiro Beltrán (1982) denunció las teorías, objetos y métodos foráneos en la investigación comunicacional regional y anunció la comunicología de liberación; Armand Mattelart (1978) resaltó el papel de la comunicación masiva en el proceso de liberación y desveló las redes de control transnacional; por último, Antonio García (1980) postuló una comunicación para el desarrollo y contra la dependencia capitalista. Esas ideas y otras semejantes de varios otros autores del período configuraron una corriente crítica de pensamiento que remarcó la condición regional subordinada a la dominación externa apoyada por élites internas y medios de difusión oligárquicos, y se planteó como utopía la *liberación social*, la *emancipación mental* y *otro desarrollo*. Las formas *alternativa* y *popular* de la comunicación contestataria fueron la encarnación práctica de ese accionar crítico que también dio lugar a la propuesta de las Políticas Nacionales de Comunicación¹¹ e influyó notablemente en la concepción del Nuevo Orden Informativo Internacional convertido luego en el Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación, que la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura se encargó de sosegar.

La tercera vertiente que se debe citar es la de los Estudios Culturales, nacidos en Gran Bretaña con la impronta de la crítica marxista a la ideología en tanto mecanismo de ocultamiento de la realidad y que trabajaron al principio en el análisis del impacto de la comunicación masiva en los valores y prácticas de la cultura obrera, tomando a esta como contexto de interpretación de los mensajes (Hoggart, 1990). Estos estudios sufrirían una significativa transfiguración al ser instalados durante la década de 1970 —casi cuarto de siglo después de su aparición— en algunos departamentos de idiomas o literatura en diferentes

11. Su promotor fue Luis Ramiro Beltrán Salmón (Marques de Melo y Brittes, 1998, p: 21 y sigs.).